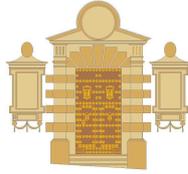




*Excmo. Ayuntamiento  
de Martos*



Concejalía de Medio Ambiente.

---

## RELATOS GANADORES DEL I CONCURSO DE RELATOS CONTRA LA DESPOBLACIÓN.

### 1º Obsequio.

#### Zapatero.

Zapatero a tus zapatos.

¿Quién me los va a arreglar?

El Ayuntamiento, la Diputación,

La Junta o el Gobierno Nacional.

En este pueblo de casas pequeñas

¿Quién va a querer parar?

Si no tiene buenos servicios,

Ni lugares para disfrutar.

Los mayores se mueren y los jóvenes emigran a la capital.

Grandes tesoros se esconden entre Olivares sin par,

Pero no son accesibles

Para las personas que tengan reducida la movilidad.

Pocos negocios quedan

Y menos que van a quedar

Si no se les pone cariño, un montón de dinero

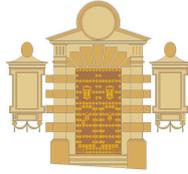
Y mucha fuerza de voluntad.

¿Dónde está la vaquería?

Y la harinera, ¿dónde la puedo encontrar?



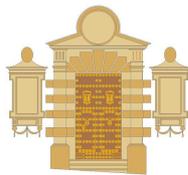
*Excmo. Ayuntamiento  
de Martos*



Concejalía de Medio Ambiente.

---

En el fondo del pantano qual sirena fantasmal.  
Junto a sus hermanas Luz y Aceituna,  
Acompañadas del lavadero y los secretos de la vecindad.  
Que me cuentas de la panadería de Portero  
La pescadería de Marchal,  
La herrería de Pavo Zopo,  
El cine donde Moya  
Y de Pepe Chica con su taxi blanco invernal.  
Ayuda para este pueblo,  
No lo dejemos marchar,  
Que la gente que lo habita,  
Se merece eso y mucho más.  
Raíces e historia no le faltan  
Solo hay que ponerle alas y echarlo a volar.  
Eva Marín Bercial.



## 2º Obsequio.

### Sin título.

Todo comenzó el primer fin de semana de Julio. Se celebraban las fiestas del pueblo de las Casillas, dedicadas a su patrona, la Sagrada Familia con mucha música, bailes, vinos y ficción. Yo, con apenas siete años de edad recorría cada centímetro de suelo disponible jugando con mis primos y primas mientras los “mayores” reían a sus anchas.

Era la primera vez que disfrutaba tanto aquí, en mi pueblo. Incluso, si cierro los ojos, puedo recordar con exactitud el olor a alcohol veraniego mezclado con el glorioso chocolate con churros que siempre marcaba el fin de la jornada nocturna. Esa noche fue mágica de felicidad y bienestar, llena de gente, vida y ansias por muchas fiestas más.

Sin embargo, la vuelta a la normalidad no dejó nada que desear. Como cada mañana, me levantaba, desayunaba y cogía la bici para darme una vuelta matutina saludando a cada vecino y vecina que me encontraba. Solía tardar algo más de media hora, pero no me importaba. Las conversaciones con cada uno de ellos me aportaban una fortuna inexplicable que recorría mis venas, y que solo ausentaba el domingo, puesto que me levantaba más tarde y los pueblerinos acostumbraban a ir a misa. Repetí la misma rutina todos los días de verano.

Como era un niño me pasaba los días fuera de casa jugando hasta que comenzaba el atardecer y era hora de regresar. No obstante, aquel lunes por la mañana acompañé a mi abuela al ambulatorio para que el médico revisara su vista, contar sus problemas de sueño y migrañas, y obtener la receta necesaria para sus medicinas. Honestamente, me daba pena. Muchas tardes se quedaba recostada en el sofá a la hora de la siesta intentado recuperar el sueño perdido y se levantaba únicamente para darme de merendar unas galletas cuyo paradero sólo conocía ella. Al final descubrí que eran simples galletas que se vendían en la panadería del pueblo, pero desde siempre ese era nuestro pequeño secreto.

Al volver del ambulatorio recogimos las pastillas en la farmacia. Como siempre, nos parábamos a charlar con cualquiera que hubiera en las calles disfrutando del buen tiempo que hacía, porque hacía calor, es cierto, pero el ambiente invitaba a descansar en la sombra a pesar de todo.

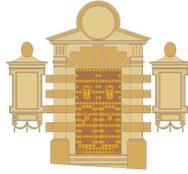
Recuerdo el paso lento de mi abuela, no porque no pudiera ir más rápido o por un dolor en las piernas, sino porque disfrutaba gratamente el camino, saboreando cada paso con cada respiración de aire puro que se instalaba en sus pulmones. No necesitaba llegar a casa, no había ningún tipo de prisa. Ni siquiera se preocupaba por hacer la comida.

Eramos solo ella y yo en un momento de calma total. Olía a verano, olía a sol, a campo, a traqueteo de gentes, y, a su vez, olía a paz, a algo único y totalmente inexplicable.

De camino a casa también pasamos por la panadería y compramos el pan del día. “Una buena hogaza amansa fieras”., me decía a la vez que partía un poco de ésta para dárme-la como



*Excmo. Ayuntamiento  
de Martos*



Concejalía de Medio Ambiente.

aperitivo de media mañana. La verdad es que nadie podía resistirse a un poco de pan recién comprado caminando al hogar.

El resto del día fue especialmente bueno, aunque ni siquiera quiero recordar por qué. Lo fue, y es lo único que me hace falta saber. Ese día, más bien esas fiestas o siquiera ese verano, fue revelador. Aprendí a ver lo que tenía, a valorar cada momento, cada saludo o cada paso acompañado. Pero de lo que no quise darme cuenta era del paso del tiempo y a todo lo que arrastraba con él.

El inexorable movimiento de las agujas del reloj marcaba cada verano distinto, menospreciado. Cada vez había menos gente. Se mudaban, fallecían o simplemente lo abandonaban ante la imposibilidad de comunicarse adecuadamente con otros lugares. Quizás era el tiempo, que abrasaba cada vez más, se dice que por el calentamiento global, o puede que fuera por la pandemia, que tanta decepción trajo consigo, o puede que... Nada. Honestamente, no sabía lo que sucedía.

Sólo tenía la certeza de que cada vez había menos gente que saludar, el camino en bici pasó a ser de veinte minutos porque ya no había apenas con quién hablar, y con quién lo hacía se notaba el no tan imperceptible desánimo que reinaba en el pueblo.

Los paseos con mi abuela también eran más cortos y escasos. No pasábamos por la panadería, ya que cerró y ambos nos quedamos sin galletitas, sin secreto y ahora intentábamos mantener la tradición con unas sustitutas de la furgoneta que traía el pan a la puerta de la casa todas las mañanas a excepción de los domingos.

Los niños que corríamos en las fiestas seguíamos quedando tarde sí y tarde también, pero no había una nueva generación que nos remplazase. La escuela se fue perdiendo poco a poco. Las clases pasaron de unas diez personas a un par, obligando a las familias a depender de pueblos vecinos. Y con la escuela de adultos igual. Recuerdo a mi abuela entusiasmada cada lunes por ir a la escuela a aprender todo lo que no puedo cuando debería haberle tocado, verla con ilusión y acompañarla para ser feliz junto a ella cada instante que me fuera permitido. En vez de eso había, con suerte, tres personas que siguieran yendo. ¿Qué era lo que ocurría?.

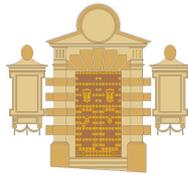
Todo cambiaba, las horas del ambulatorio disminuyeron drásticamente, pasando de estar cinco días por semana a dos o tres medias mañanas. ¿Qué estaría pasando?. Ya no olía a alegría, sino a añoranza, a melancolía y a nostalgia.

Fue el viento el que me abrió los ojos. Lo escuché, oí su silbido debido al vacío de las calles, un sonido que no había sentido jamás. El sonido de la soledad.

Ahí fue cuando empecé a comprender la situación. Ahí fue cuando me di cuenta de todo lo que estaba pasando. Mi cabeza empezaba a no poder asimilar tan de repente, a bloquearse y detenerse, frustrado, ante tanta injuria. El pueblo se estaba muriendo.



*Excmo. Ayuntamiento  
de Martos*



Concejalía de Medio Ambiente.

Un par de décadas más tarde, ahora, en mi presente, he decir que se ha conseguido evitar. Las Casillas sigue viva. El tiempo sigue pasando y con él el pueblo se está repoblando. Alguna persona visionaria propuso la idea de un camping al lado de la piscina fluvial que se ha conseguido hacer en las aguas del río Víboras. Un par de instalaciones menos costosas de lo que imaginamos han evitado la despoblación. Incluso se está proponiendo la idea de hacer una tiroliña gigante que atraiga todavía más turistas.

Actualmente las inversiones del pueblo están creciendo gratamente gracias al turismo y a la buena inversión por parte de las administraciones públicas. Aunque es cierto que no es el mismo pueblo, mantiene la esencia de lo que fue, de aquellas galletitas de mi abuela que vuelve a hacer la panadería en el sitio exacto a dónde estaba antaño. Volvía a compartir conmigo un poco de la hogaza camino a casa. Simples gestos que solo daban felicidad.

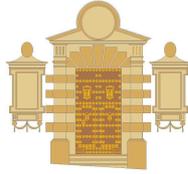
¿Es verdad que el tiempo mata, que destruye todo lo que hay a su paso, incitando a la evolución de una manera despiadada? No. Me niego a echarle la culpa al tic tac insistente del reloj. El tiempo hiera, pero también sana, las Casillas ha pasado de pueblo a poblado, y de poblado a repoblado en un periodo marcada por la paciencia, el esfuerzo, la esperanza y tristemente el dinero.

Gracias a todos nosotros y nosotras este pueblo ha sabido salir adelante. Ahora nos merecemos volver a disfrutar de él, caminar sin prisas saboreando la esencia de nuestro nuevo perfume.

Esther Funes Ligero.



*Excmo. Ayuntamiento  
de Martos*



Concejalía de Medio Ambiente.

### **3º Obsequio.**

#### **La despoblación en mi pueblo rural.**

Las casillas es una pedanía del municipio jiennense de Martos: un precioso pueblo muy acogedor con un maravilloso entorno natural de gran valor paisajístico. Destaco: su sierra caracolera, el castillo del víboras, el mirador astronómico, esos miradores a la vera de su bonito pantano, su plaza e iglesia.

Su población es básicamente agrícola dónde el olivar ocupa el 90% de su superficie cultivable, solo queda una fábrica de aceite en funcionamiento llamada “sagrado corazón de Jesús” que fue fundada en la década de los 60.

En torno a los años 60 las casillas llegó a alcanzar unos 3000 habitantes, hoy debido a la despoblación queda en el recuerdo aquella alegría que se vivía en sus calles, llenas de niños/as, ya que la mayoría de las casas eran habitadas por familias numerosas.

Tenía dos colegios en los que estudiaban un elevado número de alumnos/as de las casillas, la carrasca y villar-bajo, también se disfrutaba de un comedor.

Hoy la despoblación que sufrimos solo mantiene un colegio abierto en el que este año tan solo han estudiado catorce alumnos/as gracias a los inmigrantes que están viviendo en el pueblo.

Llegó a tener alrededor de treinta y cinco negocios de todos los ámbitos, de los que sólo quedan dos bares y una tienda.

Esto es debido a la importante despoblación que padecemos, ya que nuestra población actual está formada por el aumento de envejecimiento y cada vez menor proporción de jóvenes.

También había un cuartel de la guardia civil, que desde hace años, a la llegada de la despoblación, también desapareció.

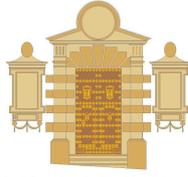
Cuando se habla de la España vaciada, se habla de la España rural, de esos pueblo que estamos sufriendo las consecuencias de este proceso de despoblación.

Hace doce años que llegué a las casillas. Tengo que decir que este precioso pueblo me acogió con los brazos abiertos, dándome todo el cariño y haciéndome sentir como una casillera más (esto no ocurre en las ciudades).

A pesar de la despoblación, decidimos quedarnos a vivir aquí, por la calidad de vida y tranquilidad en la que vivimos, despertar con el canto del gallo y respirar aire limpio y puro de nuestra sierra sin nada de contaminación, no tiene precio.



*Excmo. Ayuntamiento  
de Martos*



Concejalía de Medio Ambiente.

---

Las mujeres desempeñamos un papel importante en la economía rural como agricultoras. Nos enfrentamos a limitaciones debido a la discriminación por motivos de género y las normas sociales, pero ante todo las mujeres rurales somos grandes luchadoras que apostamos por mantener “vivo” nuestro pueblo de las casillas luchando contra la despoblación.

Pd: piso a las instituciones que apuesten e inviertan en mi pueblo para que no desaparezca, que ayuden a frenar esta despoblación de la España vaciada, fomentando nuestro potencial turístico y que trabajen para que el futuro de las Casillas esté garantizado.

Paqui García García.